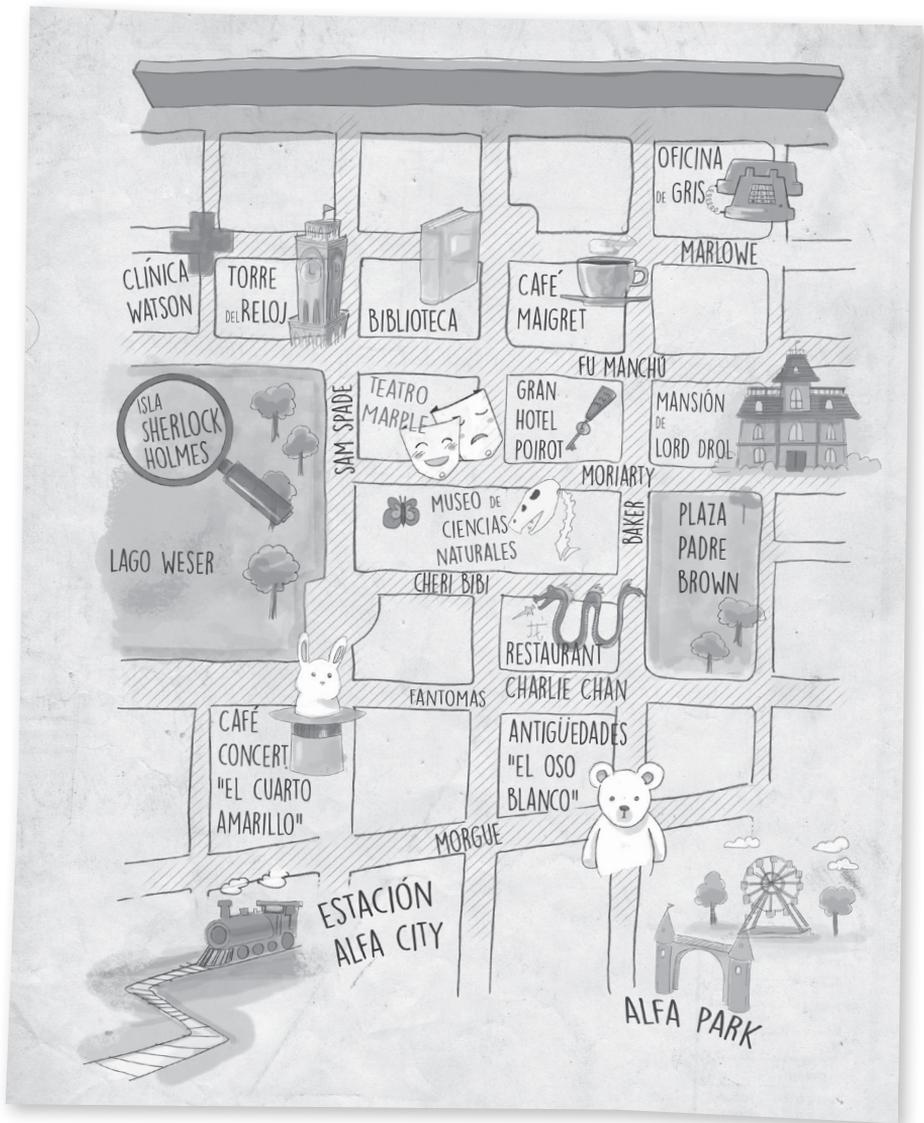


¿Quién quiere ser detective?

Pablo De Santis

Ilustraciones de Juan Cavia

loquele_o



Plano de Alfa City, tal como lo reconstruyó de memoria el detective Gris sobre una servilleta de papel

CUARTA PARTE

TERCERA PARTE

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Rumbo a Alfa City

Un papel amarillo

Siempre me gustaron las historias de detectives. Les insistía a mis amigos para que jugáramos a seguir pistas, a estudiar con la lupa huellas digitales, a descifrar mensajes secretos.

Ahora que ha pasado el tiempo, tengo que aceptar que jugar a los detectives puede ser un poco aburrido. Sobre todo si uno no es el detective, y le toca hacer de ayudante, de sospechoso o de muerto. Ninguno de mis amigos quería hacer de víctima: había que quedarse quieto, encerrado en la silueta dibujada con tiza blanca, hasta que el caso se resolviera. A los diez minutos el muerto se escapaba de su prisión de tiza y los otros lo seguían, para volver a jugar a los cowboys y los indios. Y yo me quedaba solo, con la lupa en la mano, sin cadáver ni enigma.

Un día estaba volviendo de la escuela cuando vi venir a lo lejos una camioneta destartalada con un

megáfono en el techo. La voz del megáfono sonaba incomprensible. A través de la ventanilla del auto una mano tiraba al aire papeles amarillos. Por mucho que se acercara, la voz seguía sin entenderse. Uno de los papeles cayó a mis pies. Los volantes de la ciudad suelen decir: “Compro oro. Pago bien”. “Deshágase de esos cachivaches. López & López, anticuarios”. “Feria americana La polilla”.

Pero lo que encontré era muy distinto.

¿QUIÉN QUIERE SER DETECTIVE?

CINCO JÓVENES SERÁN INVITADOS A ENTRAR
EN LA CIUDAD SECRETA: ALFA CITY.
CADA UNO TENDRÁ UN CRIMEN PARA
INVESTIGAR. EL QUE RESUELVA EL
VERDADERO ENIGMA SERÁ EL GANADOR.
HASTA AHORA NADIE HA IDO HASTA EL
FONDO DEL MISTERIO.

Doblé el volante en cuatro y lo guardé en el bolsillo.

Una cosa me llamaba la atención: no decía dónde estaba la ciudad, ni cómo podía uno participar. ¿Qué clase de propaganda era esa, que omitía la información central? Además, ¿por qué se llamaba Alfa City? La letra alfa siempre me había intrigado. No era que supiera griego, pero la maestra de segundo grado me había dicho que la a minúscula me salía como una alfa. Y desde entonces seguía haciéndola igual.

Ya que mis amigos no querían jugar al detective, decidí hacer yo solo una investigación de verdad. Averiguaría qué era Alfa City.

Mi ciudad es pequeña, y de casi todo hay una sola cosa: un cine, una plaza, una iglesia, un club, una imprenta. En esa imprenta, Casa Minerva, hacían invitaciones a casamientos, recetas médicas, tarjetas personales, y hasta los libros de los poetas locales. Entré con mi volante en la mano y pronuncié mi pregunta en voz alta, como para que no la apagara el rumor de las máquinas. La señora Minerva se apartó un segundo de la máquina de impresión, tomó el volante con sus manos manchadas de tinta y me dijo:

—Sí, es de los nuestros.

—¿Quién lo encargó?

—Secreto profesional. No podemos revelar la identidad de nuestros clientes.

Solo para llevarle la contra, su marido, desde el fondo del taller, informó:

—Era un señor alto, traje verde y corbata roja, que tocaba una armónica. Usaba sombrero.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No sé, nunca antes lo había visto y nunca lo volví a ver.

—¿Hace mucho que retiró los volantes?

—Hace tres días —respondió el señor Minerva.

“¿Qué más querría saber un detective?”, me pregunté. Y después de un silencio dije:

—¿Tocaba bien la armónica?

Esta vez fue la señora Minerva quien respondió:

—Tocaba canciones de películas viejas. Esas melodías que a uno le suenan pero no sabe decir de qué película son. Y hablando de cine, cuánto hace que no me llevás a ver una película —le reprochó a su marido.

El señor Minerva me miró con cierto rencor, como si yo tuviera la culpa de la queja de su esposa.

Traje verde, corbata roja, armónica, sombrero. Esos datos no me servían de nada.

Pero si yo quería ser detective, tenía que pensar como un detective. La señora Minerva no lo conocía, por lo tanto debía ser alguien de afuera, ya que ella conocía a todo el mundo en nuestra pequeña ciudad. Y si era de afuera, debía de haberse alojado en el hotel Clausen. Nuestro único hotel.

Los bolsillos de las estatuas

16

Pablo De Santis

Calvo, pálido, inmenso, el señor Clausen dormitaba con la cabeza apoyada contra el mostrador de la recepción. Parecía algo que se hubiera derrumbado. A sus espaldas, un rectángulo de madera de donde colgaban las llaves de las habitaciones. Toqué la campanilla. Clausen se incorporó, con los ojos todavía cerrados:

—Bienvenida, señora; bienvenido, señor; bienvenidos todos al hotel Clausen...

—Soy yo, Ruy, el hijo de Blanca Ruiz, su contadora. ¿No se acuerda de mí?

Me miró con mala cara.

—Ruy... retiro mi bienvenida... No me gusta que me despierten de mi siesta.

—¿Se acuerda de un cliente alto, solo, que vino hace dos o tres días?

—No.

Volvió a apoyar la cabeza. Hice sonar la campanilla junto a su oído.

—Bienvenido, señor... —murmuró.

—Traje verde, corbata roja y tocaba la armónica —agregué.

—Si me prometés dejar la campanilla en paz, te voy a decir lo único que sé: ese desconocido tocaba la armónica como los ángeles.

—¿No dejó una dirección?

—Dejó un sobre, por si alguien preguntaba por él.

—¡Soy yo el que pregunta por él!

Me miró como si viera en mí una reserva inagotable de insignificancia.

—El hombre no me habló de ningún niño. ¿Cuántos años tenés?

—Doce... pero cumplo trece el mes que viene...

—Parece que tuvieras menos...

—... gracias por recordármelo... ¡El sobre!
—reclamé.

Meditó unos instantes y revolvió en el cajón del escritorio. Sacó un talonario de recibos, medio alfajor, un sándwich fosilizado, un embrollo de hilos y cables y al fin un sobre algo maltrecho. Me lo tendió.

—Espero que no te metas en líos, Ruy. Ya bastante preocupada está tu madre con sus problemas con el banco. Y ahora, con tu permiso...

Guardó la campanilla en el cajón del escritorio y volvió a apoyar la cabeza sobre el mostrador de la recepción.

El sobre decía: “A quien pueda incumbir”. El lugar del remitente estaba en blanco. Esperé hasta entrar en mi habitación, y entonces, a solas, leí el mensaje.

Constaba de una sola frase:

“Busque en el bolsillo derecho del hombre inmóvil y elegante”.

A la hora de la cena, veía que los *spaghetti* se curvaban en signos de pregunta.

—¿En qué estás pensando? —preguntó mi madre.

—En nada.

—Mentira.

Miré la mesa del teléfono. Las cuentas para pagar se acumulaban. Sabía que lo peor era la hipoteca. De todas las deudas era la más temible, porque corríamos el peligro de perder la casa. Tenía nombre de monstruo de la mitología griega: la esfinge, el

cíclope, el hipogrifo, la hipoteca. Si no le daba tema de conversación, mi madre empezaría a hablar de vencimientos y problemas. Dije:

—Estaba pensando en un acertijo que me hizo alguien en el colegio. “Busque en el bolsillo derecho del hombre inmóvil y elegante”.

Mi madre era buena para resolver palabras cruzadas. Los acertijos eran algo parecido.

—Inmóviles son las estatuas.

—Las estatuas... —repetí, y empecé a repasar las pocas que conocía: las de la plaza, las de la iglesia... En el club había una estatua de un boxeador que había llegado a pelear por el campeonato nacional.

—... pero no tienen bolsillos —agregó.

—¿Y no habrá alguna estatua que sí tenga bolsillos?

Y los dos dimos a la vez con la respuesta, lo que hizo que la victoria perdiera todo sabor. ¿Qué detective quiere descubrir un secreto al mismo tiempo que su madre?

—¡Trajes Majestic!

Majestic era el pomposo nombre del único lugar de ropa de caballeros de nuestra ciudad.

—¿Adónde vas? —preguntó mi madre—. A esta hora está cerrado.

Mi madre tenía razón. Tuve que esperar hasta el día siguiente, que era sábado. Además debí contarle de qué se trataba el asunto.

Cuando el señor Aster, el dueño de Majestic, llegó a su local, yo ya estaba allí, tan quieto como los dos maniqués que habitaban su vidriera. Los dos eran iguales, pero uno tenía una peluca rubia y el otro, una peluca negra. El de la negra representaba al público clásico: traje y corbata. Peluca rubia, en cambio, mostraba cabellos largos y despeinados. Simbolizaba a la juventud. Tenía ropa de colores más vivos que la de Peluca negra. Aster procuraba que Peluca rubia estuviera a la última moda, con camisas fosforescentes y bermudas amarillas o color salmón. A pesar de los intentos del señor Aster para atraer a la juventud, los jóvenes nunca entraban en su tienda.

—¿Qué busca? —preguntó—. Le advierto que no compro rifas.

—Tengo una fiesta de quince. Necesito una corbata.

—Voy a ver qué encuentro.

Cuando Aster avanzó hacia el fondo del local, aproveché para buscar en los bolsillos de Peluca rubia, que era el que tenía más cerca. Nada.

Aster ya volvía con paso cansino y cuatro corbatas colgadas de su brazo derecho. Una floreada, una lisa, una a rayas, otra con lunares. Cuatro ejemplares que simbolizaban el universo entero de las corbatas.

Las miré con cara de duda:

—No me decido. Después vengo con mi mamá.

—Eso me parece lo mejor.

Apenas Aster fue a devolver las corbatas a su sitio, busqué en los bolsillos de Peluca negra. Ahí estaba el sobre. En la vereda lo abrí con impaciencia y leí la tarjeta de cartón que encerraba:

SI USTED HA ENCONTRADO ESTE SOBRE ES
PORQUE TIENE CONDICIONES PARA CONOCER
ALFA CITY. CONCURRA A LA ESTACIÓN
SAN FERMÍN DEL FERROCARRIL DEL SUR. EL
TREN SALE EL LUNES A LAS **10** DE LA MAÑANA.